

UNA HISTORIA PERSONAL. RELATO DEL PROCESO DE MI FORMACIÓN EN PSICOLOGÍA CLÍNICA

JESUSA PERTEJO

Resumen

La autora presenta una visión autobiográfica de su proceso de formación como psicóloga clínica, en la sociedad española tras la guerra civil, haciendo referencia a los maestros y Escuelas entonces más destacadas.

Palabras clave: Psicología española, Historia de España contemporánea, psicología clínica.

Abstract

The paper offers a autobiographical sketch of the training process lived by the autor in order to become a clinical psychologist in Spain after the Civil War (1936-39). She evoques the main schools and masters that influenced her in that process.

Key words: Spanish psychology, Contemporary Spanish History, Clinical psychology.

Las páginas autobiográficas que siguen, escritas como respuesta a la amable invitación de Helio Carpintero, pretenden mostrar el camino por el que una persona interesada a fondo en la psicología clínica pudo llegar a formarse en esa disciplina durante los primeros tiempos tras la guerra civil. Resultan ser un homenaje a mis maestros, y muy especialmente al Dr. José Germain.

Comencé a aplicar la Psicología Clínica, de forma autodidacta, en octubre de 1942 utilizando los test del libro «Introducción a la Propedéutica Psiquiátrica» del Prof. A. Vallejo Nágera. Estaba estudiando 4º curso de Medicina, cuando inicié voluntariamente unas prácticas de Psiquiatría en el Manicomio Provincial de Salamanca, dirigido por el Dr. D. Angel Domínguez Borreguero.

La tarea la continué hasta Junio de 1947, un año después de terminar la carrera, siendo el único estudiante que realizara estas prácticas, durante esos años. Eramos entonces en mi curso 62 alumnos y 3 alumnas. Ya desde niña, por razones que no es cuestión de traer aquí, quise ser Psiquiatra. Durante mis estudios, la Psiquiatría, como asignatura, no figuraba en el plan de la carrera de Medicina. Tan sólo a nivel del 7º curso, en «Medicina Legal», había cinco lecciones de esa materia, que eran impartidas por un Psiquiatra, el Dr. Villamil, quien para darlas había de desplazarse a Salamanca, ya que residía en Santiago de Compostela.

El Dr. Borreguero se había formado en esta especialidad en Alemania, país al que aún hacía cortas visitas, para actualizarse en la materia. Me prestó los *Handbuch* y también la *Zerblatt* a que estaba suscrito, así como un texto francés de Psicopatología que me fueron muy útiles. Por mi parte, desde 1934 hasta comienzos de Julio de 1936, había tenido experiencia práctica de la medicina rural ayudando a un hermano médico, compañero de carrera del Dr. Borreguero, quien

ejercía en el sur, atractiva zona exenta de los fríos invernales zamoranos y las densas nieblas del río Duero, que bordeaba mi ciudad natal. Debido a que mi hermano quería especializarse en Neurocirugía, yo ya desde los 14 años me zambullía en los tratados de Neurología, al tiempo que me asomaba -de puntillas- a las publicaciones ya traducidas, en aquel entonces, de la obra de Sigmund Freud. Tras la contienda, él no pudo iniciar sus estudios para ser neurocirujano, como aspiraba, pues mientras duraron mis estudios en Salamanca, permaneció encarcelado, por haberse incorporado como voluntario al frente y luego pertenecer a altos cargos del cuerpo de Sanidad del ejército republicano.

La orientación científica que tenía el Dr. Borreguero, era totalmente *organicista*. A mi entender, estaba empeñado por encontrar la génesis de la esquizofrenia y en general de las enfermedades mentales, a través de sistemáticos análisis de líquido cefalorraquídeo y radiografías craneoencefálicas, que llevaba a cabo en casi todos los pacientes de aquel Centro.. Por mi parte, yo me afilié, desde el comienzo, a una orientación de raigambre preferentemente *psicológica y social*. Ciertamente que a veces uno y otra teníamos que ceder ante la evidencia. Así, por mi parte le daba la razón cuando veía lo bien que les iba a algunos pacientes con depresiones largas y severas o a esquizofrénicos que caían en «estados catatónicos», la aplicación de inyecciones intravenosas de cardiazol, que luego se sustituirían por el tratamiento con «electroshok». A su vez, en ocasiones él también cedía - aún cuando le costaba lo suyo- diciendo a regañadientes: «Pues la Psicología también vale para algo», como ocurrió al detectar yo con el Test de Rorschach casos con diagnóstico de «folie à deux» o como sucedió con un joven que llevaba varios años internado con diagnóstico de «oligofrenia», pese a que tenía un C.I. alto y un cierto grado de conocimientos escolares.

Procedía este paciente de un orfanato, en el que entró siendo púber a raíz de la muerte casi simultánea de sus padres, ambos Maestros de profesión. Su ingreso en el Manicomio obedeció al temor surgido de que fuese en el orfanato un foco de «perversión», por haber sido sorprendido en juegos sexuales con otro alumno. A mí se me ocurrió proponer que solicitase ingresar voluntariamente en el Servicio Militar, antes de ser llamado a «quintas» conforme a la edad. El Director aceptó esta propuesta y así se hizo, sintiéndose con el tiempo feliz en el ejército, según manifestaba cuando luego nos visitaba por cortesía y agradecimiento. Además se le llamaba ya por su nombre y apellido, algo que mientras estuvo ingresado en el Centro nadie conocía, pues tenía el apodo de «El Mona».

En el Manicomio, si bien aprendí a hacer diagnósticos dentro de la más estricta orientación de la clínica alemana de gran raigambre «krepeliana», yo pasaba el tiempo -generalmente las tardes- incrementando la información de los dossiers, ya fuese aplicando una batería de tests psicológicos, o bien consiguiendo informaciones sobre la familia cuando les visitaban, u observando sus comportamientos y también indagando sobre el entorno social de donde procedían. Esto último se debió a mis lecturas de Ortega, y a que, al inicio de mi carrera, me inscribí en un seminario de «Sociología» que se daba en la Facultad de Derecho, al que podíamos asistir alumnos de otras Facultades y que me causó gran impacto. Además de estos quehaceres, hacía exploraciones neurológicas que había aprendido al comienzo de la carrera en el Consultorio de Neurología del Dr. Escanillas, abierto por la tarde dos días a la semana en la Facultad de Medicina, del que fui constante asistente. Era éste un importante investigador, que más tarde fue reclamado por el Prof. Barcia Goyanes, de la Universidad de Valencia, a donde se trasladó.

Andando el tiempo, y basándome en los dossiers de aquella población, deduje para mis adentros que un tercio de los pacientes de aquel Manicomio estarían allí de por vida, sin motivo que lo justificase: epilépticos que llevaban años sin tener ataques; alcohólicos que por supuesto ya no bebían; personas con trastornos de conducta -llamados entonces «psicópatas»- que tenían en su contra el haber hecho alguna importante fechoría que había puesto en entredicho la honorabilidad del apellido familiar, por cuyo motivo sus familiares preferían tenerles internados allí

de por vida haciéndolos pasar por «locos». El propio Dr. Borreguero, en ocasiones, solicitando judicialmente su salida, no logró que las familias los acogiesen de nuevo. En contrapartida, las bajas abundaban, ya fuese por la escasa y mala nutrición, debido a que el Organismo financiador de aquel Centro disponía de pocos recursos en sus presupuestos, a lo que se unía la escasez de alimentos que padeció aquella zona en la postguerra. También la tuberculosis hacía sus estragos, pues no había un área especial de aislamiento para quienes la padecían. Y como fondo, en mi sentir, estaba el intenso frío del invierno que se adueñaba de los largos y enormes corredores, zonas del claustro mal acristaladas a donde sacaban a los ancianos temprano, para tener limpios los dormitorios, cuando pasaba la visita el Director. Una campana que sonaba, anunciaba su llegada al Centro, al igual que su salida. El frío era tal, que las propias enfermas, a veces, tenían que romper la capa de hielo del lavadero para lavar tanta ropa que se acumulaba de los enfermos. Uno de mis sueños por entonces era alquilar un carramato de mulas, y traer cubas de agua hirviendo, aprovechando el agua que se perdía de un serpentín de una fábrica cercana. El frío también se ensañaba con los grandes dormitorios colectivos y con el patio. Todo ello, debido a que el Manicomio se instaló en su día en un antiguo y deteriorado Convento de Monjas, que no se acondicionó, de forma adecuada, para tal finalidad.

Acabada la carrera aún estuve allí un curso más. El Director, a quien en los veranos sustituía el mes de Agosto, me había recomendado continuar la especialidad en la «Casa de Salud de Valdecilla» de Santander, único Centro de Postgrado que había entonces en España. Seguí su consejo, pero dado que no había allí instalaciones para alojar a mujeres médicas, solo pude hacer, en calidad de médico externo, un cursillo sobre Neurología organizado por el C.S.I.C. durante los tres meses del verano de 1945. Lo simultanéé asistiendo al Pabellón de Neuro-psiquiatría, que dirigía el Dr. Aldama Truchuelo, en donde aprendí el empleo del reciente método descubierto de la «Insulinoterapia», que ulteriormente introduce como terapéutica en el Manicomio de Salamanca, durante el curso siguiente.

También me había aconsejado don Angel que hiciese prácticas en un Sanatorio Psiquiátrico privado, para pacientes de familias con alto nivel económico. En Santander había uno, cuyo Director era conocido suyo; él mismo me lo presentó y allí fui admitida a comienzos del curso de 1946, como Médico Interno, trabajando por primera vez, con un sueldecito. Los pacientes eran de lo que hoy diríamos de alto «standing»; la instalación, de gran lujo, estaba ubicada en una bella y extensa zona ajardinada, con huerta y pradería. También acudían pacientes a hacer curas dietéticas específicas, que es para lo que se creó inicialmente; en una de las zonas había un servicio de Cirujía. El régimen era abierto para la mayoría de los pacientes. En él encontré una gran diferencia especialmente en cuanto a instalación, tratamientos y nivel socioeconómico de la mayoría de los pacientes. Tenía la ventaja sobreañadida para mí, de que su Director disponía de una competente Secretaria, que llevaba bien archivada la enorme bibliografía alemana que contenía su biblioteca, pues él se había formado en Alemania, tanto en Medicina como en Psiquiatría.

Pero aquello no era lo mío, por lo que tras varios meses de estar allí me trasladé a Barcelona, en 1947, con motivo de hacer un curso anunciado, sobre «Educación Especial» por el Dr. Jerónimo de Moragas, impartido en su propio Instituto Psicopedagógico. Yo, que también era Maestra Nacional, lo encontré interesante, pero este Doctor, al ser Pediatra, me recomendó formarme en el «Consultorio de Psiquiatría Infantil» del Dr. Luis Folch Camarasa, que tenía gran experiencia y estaba en la Sección de Profilaxis Mental que dirigía el Dr. Oscar Torras Buxeda, en el Hospital de «La Santa Cruz y San Pablo», en Barcelona. Allí permanecí haciendo prácticas principalmente de Psicología, trabajando desde Octubre de 1947 hasta Diciembre de 1949.

Gracias al vínculo de este Consultorio con la Junta de Protección de Menores adquirí conocimiento y experiencia con niños que tenían serios trastornos de comportamiento. Por supuesto, utilicé con ellos mi batería de tests que seguía incrementándose con nuevos y más actualizados,

y también abordé algunos tratamientos. Con el Dr. Folch Camarasa apliqué el T.A.T a dos grupos de alumnos púberes escolarizados, procedentes de Colegios de enseñanza normal, pero que pertenecían a niveles socio económico extremos entre sí. Luego tuvimos un coloquio con los directores de dichos Colegios, a propósito de los resultados, que fueron muy significativos. Más tarde yo presentaría este test, junto con el Dr. Sarró, en la Academia de Ciencias Médicas de Barcelona. Yo había descubierto aquel material escuchando una conferencia que, de paso por Barcelona, nos dió un profesor norteamericano, a quien pedí me prestase las láminas. Un pariente mío hizo copia de ellas aquella misma noche, y luego me documenté consultando Bibliografía.

Durante los años que estuve en Cataluña, comprobé que debido a la vecindad con Francia, había allí una orientación psiquiátrica actualizada que no era estrictamente kraepeliniana. Las bibliotecas de Barcelona rebosaban literatura francesa, si bien a nivel de ejercicio profesional privaba mucho la Psicología Industrial. El Dr Portabella lideraba este área, pero era algo que a mi no me interesaba. Por entonces conocí y aprendí, con el Prof. Quílez Juan, el manejo e interpretación de una gráfica con los resultados del Test Psicodiagnóstico de Rorschach, que obtuvo poca difusión y generalización.

Yo seguía buscando quien me enseñase Psicología, Neurología y Psicoterapia, pero en los Centros a que acudía -que anunciaban cursos sobre estos temas- sistemáticamente me ponían a aplicar la batería de tests que yo manejaba y especialmente el Test Psicodiagnóstico de Rorschach, que algunos entonces tenían como «la vedette». A veces, yo misma comprobé que tras haberlo difundido y aplicado, algunos ponían sobre la mesa del despacho las láminas de su material a título de lucimiento, o tal vez en una vitrina visible, para presumir de que allí se manejaba esta técnica, aun cuando yo sabía -a ciencia cierta- que no lo interpretaban bien, ni hacían ulteriormente uso adecuado de sus resultados.

Entre las diversas muestras de tests que hice, hubo una que me traumatizó mucho. Fue en la «Escuela para Postgraduados, del Instituto Neurológico Municipal de Barcelona» en la que existía un magnífico plantel de Profesores. Me inscribí como alumno en el curso 1947-48. Al poco de iniciarlo, me pidieron aplicar el Test de Rorschach a una muestra de pacientes con tumor cerebral próximos a ser operados. Pero, una vez tomados algunos casos, hube de interrumpir este trabajo por no poder soportarlo. En la mayoría de los casos, aquellos pacientes habían sido diagnosticados tardíamente y estaban ya en condiciones deplorables. Así, por la avanzada evolución del tumor, la operación no tenía el éxito que se esperaba y morían, pese a la enorme competencia de aquellos neurocirujanos. Yo sentía que mi presencia en las salas a donde iba a buscar al enfermo a quien tenía que hacer la prueba, suponía para los demás compañeros, con parecidas patologías, la llegada del «ángel exterminador» que anunciaba la posible -casi segura- muerte del paciente que yo me llevaba de allí, para explorar. Renuncié pues, a seguirles pasando el Rorschach, aun a sabiendas de que también perdía la posibilidad de poder interpretar los resultados del test, o la fiabilidad del test, viendo la localización del tumor, sabiendo su naturaleza, leyendo el minucioso informe histopatológico hecho de él post-mortem o post-operatorio, en el mejor de los casos. Incluso hasta podría ver «*ad oculos*» el cerebro bien laminado instalado en las vitrinas de la Cerebroteca del Instituto.

Algo semejante me ocurrió, con tres muchachas adolescentes, con anorexia, en un extremo grado de desnutrición. Las familias, al saber que una doctora se ocupaba de ellas, con pruebas y charlas se ilusionaron y llenaron de esperanza, pero las tres murieron a los pocos días. A partir de entonces me limité allí a seguir las enseñanzas de los cursos anunciados, impartidos al anochecer por los prestigiosos Profesores Rodríguez Arias, (Director del Instituto), Tolosa, Oriol Anguera, el otorrinolaringólogo Dr Azoy y otros.

Enterada de que en el «Hospital Clínico de Barcelona» estaba el Dr Pigem tomando una muestra a pacientes del Servicio de Endocrinología con el test de la «Expresión Desiderativa» creado por él, allí me fui. En compensación, tuve que hacer una muestra sobre los resultados al Test de

Rorschach, con un grupo mujeres con hipertiroidismo, trabajo que se publicaría más tarde en la "Revista de la Academia de Ciencias Médicas" (Barcelona 1950, pp. 86-94). En el mismo Hospital asistí a clases de Pediatría y entré en contacto con el Dr. Solé Sagarra, que llevaba un Servicio allí mismo de Psiquiatría Infantil. Me pidió hacer una muestra con el test de Rorschach en personas ancianas, para un trabajo que quería presentar en un Congreso Internacional, y que hicimos juntos. Se trataba de un estudio comparativo de los resultados al Rorschach de unos niños y unos ancianos, cuyos protocolos eran muy diferentes. Yo disponía de una muestra hecha con párvulos tomada con una ilustre pedagoga, que conocía bien este test y que fue publicada. El Dr. Solé llevaría este trabajo a un Congreso Internacional de Psiquiatría próximo a celebrarse en París.

Aquel verano del 1948, me ocupé en traducir del alemán tres cuartas partes del libro de Víctor von Weizsaecker «Casos y Problemas clínicos» (Edit. Pubul. Barcelona 1950), interesante texto que me enseñó mucho y que firmó el Dr. Solé Sagarra como traductor, aunque alude en su Prefacio a mi participación en la tarea, y en su magistral Prólogo el Prof. Laín Entralgo hizo elogios de su traducción «bajo bien cortada capa castellana» (pág XV). Posteriormente conseguí, con el Dr Solé Segarra, la creación de la Sociedad Nacional de Neuropsiquiatría Infantil, ya que entonces estaba vetado llevar trabajos a los Congresos Internacionales de este área, si el país no tenía una Sociedad Nacional propia. Entonces nos lanzamos a la calle en busca de 10 profesionales de la Psiquiatría infantil -tope mínimo para crear la Sociedad- y trampeando - como fue incluir al catedrático de Pediatría y a alguien más que se prestó a ello aun cuando la conocía o practicaba muy de lejos, junto con algún neurólogo que convencimos-, logramos crearla. El Prof. Moragas fue de los primeros Presidentes y optó por celebrar reuniones que recorrieran las ciudades de la geografía española. incrementando con ello la divulgación de esta especialidad. En muchas de ellas fuí ponente o llevé comunicaciones; en 1969 estuve propuesta para ser Presidente. (Precisamente este año de 2002 ambos -Solé y yo-hemos sido homenajeados al cumplirse los 50 años, por la actual «Asociación Española de Psiquiatría Infanto-Juvenil» que derivó de aquella, en un Congreso celebrado en Madrid con mas de 300 participantes, y eso que existe también otra llamada SEPYPNA - («Sociedad Española de Psiquiatría y Psicoterapia del Niño y Adolescente») de orientación más dinámica- también con gran número de socios- de la que soy Miembro de Honor.)

Otra de las muchas muestras de Psicología aplicada con tests Proyectivos (Rorschach, T.A.T y Szondi) que realicé, y de la que me quedó mal recuerdo, fue hecha en el seno de la Cátedra de Derecho Penal, del Prof. Pérez Vitoria . Se llevó a cabo un estudio en presos ya juzgados por delitos de sangre que pasarían al Penal de Santa María en Cádiz. La evaluación de los resultados fue estudiada y comentada por el propio Catedrático, y por quien posteriormente fue Catedrático de Medicina Legal. Me apenó mucho por la mala calaña moral que estos sujetos mostraban tanto durante la prueba como en los resultados a los tests aplicados. Nada tenían en común con los resultados que daban los presos políticos.

Estudios de Psicoterapia con el Dr. Sarró

Era uno de mis empeños el conseguir esta formación. y uno de los motivos que me retenía en Barcelona. Acudí a él por parecerme la persona más indicada. Me acogió muy bien. Estaba preparándose para la oposición a la Cátedra de Psiquiatría de Barcelona. Favoreció mi acogida el hecho de que su «Lección de Cátedra» versaba sobre la «Clasificación de los Defectos esquizofrénicos, según Leonhard», prueba con la que yo había hecho una muestra en el Manicomio de Salamanca. Entré a formar parte del equipo de jóvenes psiquiatras en el Hospital de San Andrés -dirigido por el Dr Oscar Torras- donde se estaba tomando la muestra. Estuvieron encantados, pues yo disponía de un libretto traducido por mí del texto original y además, tenía la experiencia de los resultados que daban al Rorschach. Al no ser yo catalano-parlante y ser además mujer,

se decidió que fuese otro miembro del equipo, que precisamente tenía mucha convivencia con estos pacientes, quien pasase el test de Rorschach, como estudio complementario. Esta persona dominaba el inglés y con él pude confirmar la lectura que yo había hecho de la Bibliografía anglosajona. Una vez terminado este trabajo, le pedí clara y llanamente al Dr. Sarró que me enseñara a hacer Psicoterapia. Entonces me incluyó en un grupo de terapeutas que trabajaban para él desde diversos ángulos teóricos -en su Consulta privada- quienes, en especial el Dr Obiols, me instruyó y supervisó en esta tarea. También me asomé -un poco de puntillas- para conocer el Método de «Entrenamiento Autógeno» de Schultz, que llevaba el Dr Moliné y la forma de trabajo de dos Psicólogas jungianas, que estaban adscritos a su equipo. No me libré de tener que pasar el test de Rorschach y de hacer informes detallados de pacientes, si bien por primera vez en Cataluña iba a tener una retribución económica por estos trabajos. Poco tiempo después pasé a hacer terapias y tareas de apoyo en clientes suyos, especialmente los que estaban internados en Sanatorios.

Por otra parte, la Biblioteca del Dr. Sarró era muy interesante y actualizada y él al parecer se había codeado personal y hasta profesionalmente en Viena con Freud. Leía mucho, era innovador y en ese momento introducía en España la «Terapia de Electronarcosis». Yo le llamaba «ilustre prologuista», pues eso se le daba muy bien. Su saber, facundia al hablar e improvisar, simpatía y gracia arrolladora en el ser y estar, hacían de él un magnífico Profesor del que se aprendía mucho.

Mi contacto con el Dr. Germain

En 1948 tomé contacto con el Dr Germain, cuando yo buscaba a alguien que me asesorase para realizar el trabajo de mi tesis doctoral, ya que ésta solo podía realizarse entonces en la Universidad Central de Madrid, única que tenía Catedrático de Psiquiatría, y en la que se impartían los cursos complementarios que se exigían para obtener el título de Doctor. Yo ya me había entrevistado con el Dr. Antonio Vallejo Nágera solicitando hacer la tesis con él, a quien propuse de tema «La feminidad en los personajes de la obra de Miguel de Unamuno», que rechazó de plano. Por entonces acababa de publicarse la traducción al castellano, por el Dr Juarros, del «Test Psicomotor del Dr Oseretzky» y me recomendó que hiciese una muestra de este test en la población española, de cara a su adaptación. Yo ya lo conocía y el propio Dr Sarró me había regalado un ejemplar de la traducción que se había hecho de este test del ruso al alemán, lo que me daba más confianza que el trabajar solo con la traducción del Dr Juarros. Cuando quise iniciar su aplicación en una muestra, como exigía la parte experimental del proyecto, me sentí totalmente perdida, pues me exigía -lo que luego oíría decir con tanta frecuencia al Profesor Yela- : «rigor científico». Por eso, en uno de mis viajes a Madrid me dirigí al Dr Germain, entonces instalado en la Plaza de Santa Bárbara, donde se editaba la *Revista de Psicología General y Aplicada*. Le pedí consejo y ayuda. De mi encuentro con él salí muy contenta. Era la persona que yo había necesitado en mi peregrinar para formarme en Psicología y nunca había encontrado. Con él ya supe que la Psicología existía en España, y que además la tenía a mi alcance a través de él. Voluntariamente se ofreció a darme orientación y apoyo para el trabajo a realizar en mi tesis.

Elegí como muestra la población del «Centro Torremarn, Institución de niños psicopáticos», sita en San Ginés de Vilasar (Barcelona) dirigida por el Dr. Folch Camarasa. Yo ya la había visitado, por lo que sabía que encontraría en sus ficheros la información necesaria para mi trabajo. El diagnóstico más frecuente en aquella población era el de «Retraso Mental» (medio y profundo). También algunos «trastornos de conducta». El Centro era emblemático y pionero, ya que el padre del Dr. Folch Camarasa, prestigioso Pedagogo de comienzos de siglo, fue su Fundador, cuando estas iniciativas apenas existían. La recogida de la Muestra la hice durante cuatro meses -de Julio a últimos de Octubre- instalándome a vivir en el pueblecito en que estaba ubicado el Centro. Completé esta Muestra más tarde con la de los alumnos del «Instituto Nacional de Pedagogía

Terapéutica, de Madrid», dirigido por D^a María Soriano. Con ello tuve el registro de las expresiones patológicas. Luego pasé el resto del invierno recogiendo una muestra en alumnos normales del Colegio «Ramiro de Maeztu» de Madrid y en Centros escolares similares, para buscar nuestros perfiles en el Oseretzky. Estos se diferenciaban poco de los obtenidos por el propio Oseretzky. Creé una gráfica para ello y un cuestionario de motoscopia. Mepsa lo editó.

Por razones familiares, al tener que realizar los cursos de doctorado en Madrid y también a sabiendas de que tenía el respaldo del Dr. Germain - tanto como Psicólogo y como Psiquiatra-dejé Barcelona y me vine a esta ciudad. Ya tenía los conocimientos que a mi entender necesitaba para iniciar mi ejercicio profesional. Solo así tuve seguridad para ponerme a trabajar.

Propuse al Prof. Vallejo Nágera, crear en el seno de su Cátedra un «Servicio de Psiquiatría Infantil». Inicialmente me dijo que él pensaba que no tenían porqué ser diferentes la Psiquiatría del niño de la del adulto, aunque no estaba seguro de ello. Le pedí un año de plazo, al cabo del cual presentaría una Memoria en la que se pudiese confirmar o no este supuesto. Así pues, con una precaria instalación, robándole espacio a su propio Servicio de Consulta en el Hospital de San Carlos, me instalé. Su hijo, Profesor en la Escuela de Enfermeras del Hospital de la Cruz Roja, me proporcionó valiosas enfermeras voluntarias, entre las que había aristócratas, que me hacían la labor de Asistentes Sociales (trabajando por supuesto gratuitamente, como yo). Gracias a ellas conseguí realizar un trabajo meritorio con el que se justificaba sobradamente la creación del Servicio. Poco tiempo después de instalarme allí, se me anexionó el «Servicio de Psicología Clínica» que llevaba desde hacía algún tiempo -antes de mi llegada- el Dr. Echalecu, quien voluntariamente dejó de dirigirlo.

Por aquel entonces supe de la existencia de un curso sobre «Estadística en Psicología» impartido por el Dr Yela, en el Departamento de Psicología, ubicado en el Instituto «Luis Vives» del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Me inscribí en él y a duras penas pude seguirle. Suerte que Francisco Secadas - alumno del mismo curso- me ayudó intentando sacarme de los atascos en que caía. Pero el curso me valió principalmente para aprender mucho, ya que del Dr. Yela -como ocurre con los grandes maestros- se aprendía constantemente, hablase del tema que hablase, estuviese en donde estuviese. Y ocurrió que en la caminata que con él nos dábamos a las ocho de la noche, un grupo de alumnos después de la clase, calle Serrano abajo hasta llegar a la Puerta de Alcalá o La Cibeles, íbamos sin cesar haciéndole preguntas. Creo que entonces aprendí más sobre lo que era «ser Psicólogo», que en todas mis anteriores andanzas.

Algo de esto me pasó con el Dr. Sacristán, en una tertulia en «Lhardy» a la que asistía yo con mi hermana, y que entre sus contertulios contaba con el escultor Juan Cristóbal, el cronista Díaz-Cañabate, el torero Domingo Ortega, el pintor Ricardo Segundo -que más tarde se casaría con mi hermana, también pintora -motivo por el que yo la acompañaba allí- y otros. Muchas veces acabábamos calle Mayor arriba, cenando en «Casa Ciriaco». Fue en una de estas cenas en las que Díaz-Cañabate, al decirle yo que asistía a las clases de doctorado del Prof. Lain Entralgo, al verlo allí cenando también una noche, me pidió que se lo presentase. ¡Uf! ¡Qué emoción sentí! Siempre recordaré aquel momento. La misma que años más tarde viví en un Congreso de Psicomotricidad en Madrid, al tener la ocasión de presentar al Dr Germain y al Prof. Yela, nada menos que al Prof. Ajuriaguerra, psiquiatra infantil español residente en París, de gran renombre europeo. Encuentro que para mí, verlos juntos y oír su charla constituyó una de las mejores satisfacciones de mi curriculum profesional.

Con el Dr. Sacristán -quien por razones políticas de la época- no tenía la instalación universitaria que merecía - durante los encuentros en «Lhardy» a veces nos apartábamos del tema de los contertulios y me informaba sobre lo que verdaderamente era la Psiquiatría y el modo de hacer en ella. Incluso dominaba el test de Rorschach. Me facilitó bibliografía importante, contestándome a muchas cuestiones que yo me planteaba para mi trabajo y formación.

Otra tertulia a la que asistí algunas veces fue la de Don Eugenio d'Ors, en su casa, pues cuando venía el Dr Sarró a Madrid me invitaba a ir con él a estos encuentros tertulianos, habituales en aquella época. En contraste con el silencio del propio D. Eugenio, quien se limitaba más bien a escuchar, haciendo al final una frase sentenciosa como colofón a lo discutido, el Dr Sarró «invadía» la charla, mostraba su genialidad, saber y elocuencia estando siempre brillante, fuese el que fuese el tema a tratar.

Pero volviendo al Prof. Mariano Yela, cuando se enteró de que yo dirigía un «Servicio de Psicología Clínica» del Hospital de San Carlos, propuso al Dr Germain abrir una nueva Sección en el Departamento con esta enseñanza. Así fué, y recibí con fecha 12 de diciembre de 1950 el nombramiento, que decía: *El Consejo Ejecutivo de CSIC, le nombra, a propuesta del Instituto «Luis Vives», Colaborador del Departamento de Psicología Experimental de dicho Instituto, con la gratificación anual de 8,000 pts a percibir a partir del 1º de enero.* Lo más importante para mí fue sumergirme durante las tardes, en el trabajo de este Departamento, en que se comentaba lo hecho y se hacían nuevas propuestas. Allí estaban en esas reuniones con el Dr Germain los «grandes» de la Psicología, entonces aquí en Madrid: Mariano Yela, Miguel Siguán, José Luis Pinillos. Por el Departamento también «pululaban» el Padre Manuel Ubeda, el Dr Morales Belda, D^a Rosalía Prado (Logopeda) y hasta un Telépata. Mas tarde se incorporó Francisco Secadas, llenando también otra laguna.

Y con todo ello llegó para mí el aprender a pensar y trabajar en Psicología al participar en estas reuniones. Al escucharles, tanto por sus conocimientos de Psicología como por su forma de pensar, de enjuiciar y de utilizar el léxico apropiado, medía yo mi propia mediocridad y la de mis conocimientos. Ellos procedían de la filosofía, por lo que sus ideas, criterios, juicios básicos, e información sobrada, los acompañaban con razones de peso en todo. Estaban al corriente de la Psicología más actualizada en el extranjero, donde habían hecho estancias. Yo no salía de mi asombro. Inicialmente me sentía «una hormiguita» y el propio Germain más de una vez me llamó así, e incluso mucho más tarde, en 1969, en un discurso público durante la apertura de la «XIII Reunión de Psicología», que presidí y organicé en Valencia, me llamó «infatigable hormiguita trabajadora» o algo parecido. Más tarde, con la llegada de dos becarias argentinas a mi Sección de Psicología Clínica, - ambas alumnas de la Dra Telma Reca, me decidí a introducir tareas de Psicoterapia infantil que me permitían el abordaje de las madres de los niños a quienes hacíamos psicoterapia. También aquí participaban las Enfermeras que tenía por las mañanas en el Servicio del Hospital de San Carlos y fue gracias a ellas como pudo llevarse a cabo este trabajo, pues eran quienes me traían los niños con sus madres, en su propio coche, lo que podía asegurar la permanencia del tratamiento.

En el Departamento del Consejo, dirigido por el Dr. Germain, todo era factible y yo estaba instalada de la forma más completa, como nunca lo he estado, incluyendo una cámara de Gesell, lo que facilitaba la discusión ulterior de los casos por el equipo. Jamás he vuelto a trabajar en aquellas condiciones, que llevaban en sí el sello del señorío de Germain. Ahora, al desfile de alumnos que venían a los cursos que yo impartía sobre diversos Tests clínicos, se unió el bullicio provocado por los niños en aquel subir y bajar por las escaleras del «Luis Vives». Pero llegó el momento en que me planteé el problema ético de que los niños se curasen mientras que yo no sabía exactamente porqué, y también empezó el dudar sobre la solidez de mi formación en este área, así como en la de Psicología Clínica. Decidí aclarar estas incógnitas marchando allende los mares, a Argentina, en donde yo sabía que el español Dr. Angel Garma, había creado una Escuela de terapeutas en el apropiado marco científico.

Al Dr Germain le pareció bien la decisión de pasar a ser Miembro Colaborador en el extranjero del C.S.I.C para mejorar conocimientos, pero según él debería, al tiempo de aprender a hacer terapias, conseguir una formación en Psicología Clínica. Para ello nada mejor que ir a Ginebra, a trabajar con el Prof. André Rey, considerado como uno de los mejores Psicólogos Clínicos de

Europa. El mismo me recomendaría, pues le conocía. Añadiendo una formación dinámica en la terapia, a mi regreso organizaría -probablemente con él - también una «Escuela de Padres»; era un proyecto vanguardista como todos los suyos.

Al poco tiempo de tomar esta decisión, recibí un escrito que decía: «*El Consejo Ejecutivo de CSIC le comunica que el 8 de Junio de 1954 se había acordado -examinada su instancia y el informe del Patronato «Raimundo Lulio» -otorgarle una pensión para trasladarse a Suiza, durante un año a partir del 1º de Octubre de 1954 a fin de proseguir investigaciones sobre Psicología Clínica que llevará a cabo en la Universidad de Ginebra bajo la dirección del Pof. A. Rey. Se le asignarán 550 francos suizos mensuales y para el viaje de ida y regreso 3,250 pts»* En fechas posteriores la misma Junta de Patronato fue renovándose la ayuda para los años 1955 y el 1956, accediendo a que los tres últimos meses de 1956 me trasladase a Bélgica «*para seguir los cursos en el Laboratorio del Prof. Ombredane y completar su formación en Pedagogía de Anormales en el Centro Educativo «Ferme-Ecole de Waterloo» de Bruselas*», asignándose una cantidad de 6,500 francos belgas mensuales.

El Profesor André Rey

En relación con nuestra tarea realizada al disfrutar de esta beca en el extranjero, puedo mencionar una publicación nuestra en la *Revista de Psicología General y Aplicada*, (Madrid, 1955 ;pp 636-639) sobre «El Prof. Rey. su concepción de la Psicología Clínica y su forma de trabajo».

El propio Profesor Piaget dijo de él que «Pedagogo de formación, al margen de estos estudios ha adquirido una sólida cultura fisiológica llegando por este camino a la Psicología en la que ha mostrado la más grande iniciativa y la más sutil ingeniosidad». Trabajó muchos años con el Prof. Morsier en los Servicios de Neurología de la Facultad de Medicina de Ginebra, en donde siguió haciendo minuciosas investigaciones en un Centro creado para él, con este fin, dentro del Hospital. Su figura se ha situado en los primeros puestos de los psicólogos europeos y su voz ha sido de las más autorizadas en los Congresos europeos.

Para el Prof. A. Rey la Psicología Clínica se define como «la aplicación del método de la Psicología Experimental, al estudio de los enfermos y los desadaptados, tratando de saber la insuficiencia o déficit que lleva a su comportamiento particular». Su finalidad es la de «ser útil a la Clínica, ayudando a elaborar un diagnóstico, un pronóstico y a veces un tratamiento. A su vez contribuye al progreso de la Psicología General y de la Psicopatología»

Para él, el problema inicial de esta materia se debe a que -como es también el caso de la Psicología- el objeto de estudio no existe. Para llegar a conocerlo hay que saber cómo los estímulos son percibidos por el sujeto, y para que la respuesta de éste sea interpretada. habrá que tener en cuenta el conocimiento de cuanto en este proceso interviene, su historia, esto es, la vida propia del sujeto (entrenamiento, éxitos, iniciativas recibidas...), ya que todo ello juega un papel en el exámen psicológico. Cabe incluso que este mismo exámen puede hacer que experiencias pasadas sean revividas o perseveren en conductas presentes, más o menos adaptadas. El Psicólogo ha de tener en cuenta todo esto. Rechazaba, pues, el método antiguo de diagnosticar estas facetas de forma subjetiva, «a primera vista». Igualmente para él las escalas globales de clasificación, no le servían por estar muy sobresaturadas del factor «G» que enmascara aspectos específicos, los cuales son extremadamente útiles para fundamentar el diagnóstico. El método del Prof. Rey es el de «descomponer el conjunto del individuo en un cierto número de aspectos relativos a tareas, problemas y situaciones a través de los cuales explicar las conductas particulares así aisladas». Este sistema que aparentemente parece analítico no lo es, ya que al interpretar los resultados, estos hallazgos no se interpretan separadamente, sino como un todo. Es a través de esta información como se detectan las funciones que están realmente afectadas. Esta información resulta tan valiosa para el diagnóstico

como para el tratamiento del paciente, intervención que habrán de hacer ya sea el médico o el maestro.

El Dr. Rey también reconoce que los tests son un método artificial, como todo lo que está basado en situaciones provocadas; por ello ofrecen poca fiabilidad. Los resultados hay que tomarlos como particularidades o fenómenos que nosotros mismos hemos suscitado en determinadas circunstancias y condiciones. Esto lleva a explicar que una batería de test haya de ser muy numerosa como ocurre con la que se maneja en Psicología Clínica.

Sobre la forma de trabajo en esta enseñanza creía que hay que limitar el número de alumnos por curso. Para la enseñanza de la Psicología Clínica que impartía en el Instituto de Ciencias de la Educación («Instituto Rousseau») de Ginebra fijó en 30 el número de alumnos, y aceptando 2 para que asistan al Servicio del Hospital.. Exige que los alumnos sean seleccionados previamente y solo pueden atravesar el umbral del aula aquellos que tienen suficientes conocimientos en Psicopatología, Anatomía, Fisiología y un curso técnico de Psicología Clínica. Se les exige, además de que conozcan la Psicología General, que sepan y dominen la aplicación de los tests que van a utilizar, así como que conozcan bien la Psicología de la infancia y sus problemas. La forma de trabajo que establece es la de un Seminario para puestas en común de los datos, y una fragmentación de los alumnos en unidades de tres estudiantes que el propio Profesor selecciona y a los que se asigna el estudio conjunto de uno de los niños que asisten a la consulta «*ad hoc*» del Instituto. El minigrupo lo constituye un Jefe de grupo que ha de llevar por lo menos la asistencia a dos semestres del Seminario, un Secretario que se hace cargo de llevar el dossier completo y un alumno novel, a quien a veces se le asigna el pasar los tests o tomar información. El estudio del niño lleva varios días y cuando se considera acabado se presenta al Profesor, quien, tras entrevistar a la madre o acompañante y al niño, ante todos los alumnos del Seminario, establece una discusión y acaba dando su «veredicto» final, lleno de sabiduría, que nos asombraba a todos por la cantidad de enseñanzas que derivaban del caso presentado.

En su grupo es obligatorio que cada estudiante tenga el material necesario de exploración - íbamos con maletín- y conocer suficientemente los tests que se aplican, su valoración e interpretación. Otra de las obligaciones para los asistentes al Seminario era la de hacerse cargo de la aplicación de un test de los que creaba el propio Profesor. Aquí en equipos de dos alumnos, se aplicaba a muestras determinadas ya fuese en Centros de enseñanza, o de trabajo, con el fin de obtener información para su valoración y estimar su validez. Los resultados se discutían en sesiones del Seminario y, a decir verdad, la mayoría de las pruebas eran desechadas (iban a la papelera, como decíamos) pero se explicaba el porqué. Los que resultaban útiles se incorporaban a la batería de tests, a veces se publicaban y los alumnos que los habían aplicado figuraban con su nombre y un asterisco a pie de página en el que se les agradecía el trabajo hecho.

Los listados de libros que había que conocer estaban expuestos a la puerta de la clase. La Biblioteca del Instituto de Ciencias de la Educación los facilitaban. Gran parte de los alumnos eramos extranjeros. Quienes habían de pasar las pruebas a los niños, habían de tener un francés correctísimo del que según Rey carecían la mayoría de los ciudadanos suizos.

Rey rechazaba el término «Diagnóstico psicológico» y empleaba el de Psicología diferencial. También había cursos que exigían experimentar con animales (p.ej., las arañas). Para los cursos de «Orientación Profesional» se exigía al menos un *stage* de dos meses trabajando en fábricas de determinados productos para conocer exactamente las necesidades a detectar con los tests que se creasen.

Sus trabajos sobre «Encefalopatías traumáticas» le llevaron a crear el «Test de la Figura Compleja», uno de los más interesantes que existen para explorar la capacidad de abstracción, el pensamiento conceptual, la percepción, la inteligencia anterior al trauma y el resto defectual. Este Test lo escogí como trabajo personal con el cual completar los dos cursos de Seminarios

de Psicología Clínica, que seguí con él. Sería mi trabajo final. Lo apliqué durante el verano a una muestra de cien personas con esquizofrenia, (hombres y mujeres) del Sanatorio Psiquiátrico de Cienpuzuelos -cuyo Director me dió toda clase de facilidades para realizar la tarea-. Hube de alojarme en una pensión del pueblo, durante ese tiempo.

Les apliqué simultáneamente el test de Rorschach, del que saqué información para presentar el trabajo a la Profesora Loosli Usteri, con quien había seguido el curso de «Conocimiento del Rorschach. I. Valoración», en el seno del Instituto Rousseau. Ella hacía otro en su casa, de pago, el II sobre «Interpretación de los protocolos Rorschach». Ambos me servirían, tras un examen en Zurich para obtener el Diploma de Rorschachista. Pero costaba mucho. La escasez de medios económicos que teníamos los becarios nos impedía optar a ellos. El Test que tuve que aplicar, con otro compañero (que después ha sido Director del Instituto Rousseau) a mi modo de ver era sumamente interesante. Los resultados no fueron del agrado del Prof. A. Rey. La prueba detectaba alto nivel de inteligencia, capacidad de abstracción y elaboración, memoria inmediata, fatiga...; a mi modo de ver complementaba el de la Figura Compleja de Rey.

Sirva esto como muestra para informar acerca del nivel que ya existía en Europa sobre exigencias de la enseñanza en Psicología Clínica y sobre la forma de realizar esta enseñanza. No fui seleccionada ni insistí en ello para hacer algún curso en el Hospital, pues siempre temía, que no me renovarían la beca, pero tuve la enorme suerte de que una compañera y muy amiga mía, finlandesa, la Dra Tertu Eskelinen que se vino entonces a España y trabaja en Cataluña, me puso al corriente de lo que se hacía en el Hospital.

Trabajé también con la Dra Spira. Cuando llegó a Ginebra, procedente de Argentina, dio a conocer los trabajos innovadores de Alcion Baer en Brasil, con el test el Rorschach. De acuerdo con ella organizamos un cursillo breve de cuatro días, en el que yo hice de Secretaria y así evité pagarlo, pues era muy caro. Nos expuso las aportaciones sobre los mecanismos de defensa y aspectos dinámicos, según Baer. Sobre estos conocimientos hice una publicación, que por razones deontológicas no pudo editarse en la *Revista de Psicología General y Aplicada* (en donde ya había publicado cerca de una treintena de trabajos) pero apareció en la *Revista Española de Oto-Neuro-Oftalmología y Neurocirugía*, en un número con participación de varios especialistas diversos, en homenaje al Profesor Román Alberca, Catedrático de Psiquiatría en Valencia, tras su inesperado fallecimiento. (nº 153-54, T. XXVI, pp 357-380, 1967) . El título de este trabajo fue: «El yo y los mecanismos de defensa en el «test» psicodiagnóstico de Rorschach».

Bibliotecas

La Biblioteca del Instituto de Ciencias de la Educación, en Ginebra, además de tener valiosos volúmenes, servía para que los Profesores nos prestasen sus propios libros. También pasaba tardes enteras en las Bibliotecas de la OMS, y de la ONU donde devoraba sin cesar trabajos que me traían nuevos conocimientos o me consolidaban los que ya tenía.

En cuanto a la participación en el «Equipo de la Escuela de Padres de Ginebra» ello exigía una formación en psicoanálisis y dado que en España no había posibilidad de hacerla, decidí comenzarla allí. Por el temor a que no se me renovase la beca al año siguiente, me vi obligada a tomar seis sesiones semanales. Las sesiones del Equipo presididas por el Dr. Sarkisoff (Psiquiatra) eran muy interesantes, especialmente por las aportaciones que hacían los Psicólogos y el trabajo de las Asistentes Sociales. También asistí, en Ginebra, a Seminarios de Psicoanálisis de los Drs Gressot, Reding, DeSaussure. Luego, de regreso a España completé esta formación durante cuatro años, junto con otros analistas españoles y portugueses que nos habíamos analizado en el extranjero. Fué un «Grupo de estudios» financiado por la O.M.S para completar nuestra formación y así ser aceptados por la Asociación Internacional de Psicoanálisis. Ello nos obligó a asistir a una Reunión quincenal que se celebraba en Barcelona. La dirigía el Dr. René

Diatkine, de la Sociedad Francesa de Psicoanálisis. Además de su aportación teórica y del control de casos solía venir acompañado de los analistas más destacados de la Sociedad francesa – los Drs. Bouvet, Nacht, Lebovici, Racamier...que nos daban conferencias o con los que se discutía un caso concreto. Durante aquella época (1957 a 1961) habíamos figurado como “alumnos del Instituto de la Sociedad Francesa de Psicoanálisis” y participábamos en cuantas Reuniones y Congresos se hacían por la «Sociedad de Psicoanalistas de Lenguas Románicas», en Europa. De los integrantes de este Grupo de Estudios, saldríamos los fundadores y primeros miembros de la Sociedad Luso-Española de Psicoanálisis, que luego se fragmentaría, en «portuguesa», «catalana» (llamada aun española) y la de Madrid, (estando en proceso de formación actualmente, las del «País Vasco» y de «Valencia»).

La creación de una “Escuela de Padres” aquí en Madrid no pudo llevarse a cabo, ya que - por razones familiares- a mi regreso de Bélgica- me fuí a vivir en Valencia. Allí no encontré ambiente propicio, pero en compensación y a instancias del propio Dr. Germain, así como de los Drs Moragas, Folch Camarasa, Vallejo Nágera y también de las autoridades valencianas (el Sr. Arzobispo, el Jefe de Sanidad, el Director del Manicomio, etc) creé el primer «Centro de Educación Especial» en la región valenciana. Ello evitaría el desarraigo familiar de los niños al tener que seguir esta educación en Centros de Madrid y Barcelona, así como que los casos de retraso mental profundo, procedentes de familias con escasos recursos económicos, tuviesen que ingresarlos en el Manicomio de Jesús (Valencia), en donde solo recibían asistencia.

Posteriormente, tras animar a que se crease la Asociación de Padres ASPRONA, esta daría un empuje a las autoridades competentes, por lo que fueron instaurándose progresivamente otros Centros idóneos . Más tarde la Comunidad fue cubriendo otras muchas necesidades asistenciales, ya con clases escolares en Hospitales, (servicios de Pediatría), bien promoviendo la integración escolar, la atención temprana, así como la adecuada formación y atención a escolares, adultos y personas mayores, con necesidades especiales, en toda su diversidad de formas.

También a mi llegada a esta ciudad (1957), en la Cátedra de Psiquiatría de la Facultad de Medicina, que llevaba el Prof. Alberca, creé un Centro de Psicología Clínica y Psiquiatría Infantil, que luego pasó a ser de Orientación Terapéutica, dependiente del PANAP, centro que dirigí durante 12 años. Precisamente el Prof. Alberca conocía el Servicio que yo había creado en Madrid, antes de irme a Suiza.

Gracias a las becas del Consejo, en mis años de becaria, pude hacer también incursiones en Francia y Bélgica. En París, cortas estancias asistiendo al Laboratorio de Psicología Experimental del Dr. Pierre Pichot; Seminarios de la Dra. Minkowska sobre Rorschach. y Mme. Canivet para estudio del T.A.T . Pude también tomar contacto con los Profesores Ajuriaguerra, en el Hospital de niños de Santa Ana y con los Drs Lebovici y Diatkine en un Centro modélico de Psiquiatría Infantil del XIII Arrondissement.

En Bruselas conocí el funcionamiento de una sección escolar para niños en un Hospital General. Al llegar a Valencia se creó una en el Servicio de Pediatría del Hospital Clínico de esta ciudad. Compartí con los profesores de la Escuela Decroly las clases y su método educativo. Y aprendí los sistemas de tratamiento de las personas con retraso mental en Ferme-Ecole Waterloo, así como el Centro de Mme Dupont que se ocupaba de niños con trastornos de conducta y autismo.

Nadie en estos centros me pidió hiciese muestras de tests y especialmente del Test de Rorschach, sobre el que actualmente existe ya una «Sociedad Española de Rorschach y Tests Projectivos» cuya sede principal está en Barcelona. Tiene mucho calado científico e imparten cursos de formación tanto en Barcelona como en Madrid. En su Revista se publican valiosos trabajos que muestran sus avances, así como las Actas de los Congresos que tienen lugar periódicamente tanto a nivel Nacional cómo Internacional.

En los años sucesivos, fui obteniendo títulos y diplomas : el Diploma de la Escuela de Psicología (Extraordinario), el de Médico Especialista en Psiquiatría, de Médico Especialista en Neurología,

de Profesor especialista en Pedagogía Terapéutica, y Diploma en Dirección de Manicomios, por la Dirección General de Sanidad. He impartido docencia en Facultades de Medicina, de Psicología, de Pedagogía, en Escuela de Asistentes Sociales y soy Socio Fundador de numerosas Sociedades..., además de ser «Full Member» por la International Psychoanalytical Association, de Londres.

En 1985, me jubilé, pero no he dejado nunca de estar interesada en los temas y cuestiones a los que he dedicado toda mi vida, los temas de la Psicología Clínica.